

ALGUNAS CONSIDERACIONES EN TORNO A LA RIQUEZA Y LA POBREZA DE LAS NACIONES

Comentarios al libro de David S. Landes,
La riqueza y la pobreza de las naciones (1999)

RAFAEL DOBADO
Universidad Complutense

Una primera observación a propósito de la última obra del profesor David Landes: la crítica en profundidad de un trabajo de estas características probablemente requiera más cualificaciones de las que dispongo y un espacio del que carezco. Al margen de estas circunstancias particulares, no creo que resulte fácil para nadie la tarea de hacer plena justicia en pocas páginas a un trabajo tan ambicioso, extenso, erudito, polémico y discutible como el que nos ocupa. Por tanto, el atrevido comentarista se arriesga conscientemente a hacer unas consideraciones que, por fuerza, prescinden de buena parte del contenido de una obra multifacética. El principal argumento en defensa de su osado proceder es el enorme interés despertado por una obra que —creo poder decir sin incurrir en exageración— tendrá más lectores apasionados, a favor o en contra, que indiferentes. Y que, además, ha cosechado un gran éxito de ventas —es inusual que un ensayo de nuestra disciplina haya llegado a ser un *best-seller*— sin que ello le haya privado de los elogios de especialistas de la Historia Económica y de la Economía no precisamente del montón. El hecho de que su autor sea uno de los «grandes» de nuestra profesión tampoco contribuye a facilitar la tarea del comentarista, ya de por sí admirado por una obra en la que, junto a sus no pocas virtudes intrínsecas, concurre un particular sentido de la oportunidad. Algo que dista de ser irrelevante para explicar su éxito entre académicos y público en general.

En efecto, hace ya algún tiempo que la Economía ha vuelto a preguntarse seriamente por el crecimiento económico. Algo que ya hacía Smith

en su famosísima obra cuyo título es parafraseado por Landes en la suya. En lo que constituye un loable intento de la disciplina por ganar en realismo y utilidad social, la pregunta de por qué unos países son ricos y otros permanecen en la pobreza recibe, desde mediados de la década pasada, una renovada atención por parte de los economistas. A ello ha contribuido la constatación de que, pese al crecimiento de la renta media tanto en los países ricos como en los pobres entre 1960 y 1990, la riqueza material es más la excepción que la regla (Temple, 1999). Por otra parte, la distribución mundial de la renta es extremadamente desigual: en 1990, algunos de los países más poblados (Zaire, Nigeria, India, China, Bangladesh y Paquistán) tenían, en paridad de poder adquisitivo, un PIB per cápita inferior al 10 por 100 del norteamericano. A largo plazo, la convergencia absoluta de rentas per cápita opera sólo entre un selecto club de países industrializados (Baumol, 1986). La perspectiva histórica resulta especialmente útil para percibir la divergencia mundial en toda su magnitud: entre 1870 y 1990 el cociente entre el PIB per cápita en dólares PPA de 1985 del país más rico y el del más pobre pasó de 8,7 a 45,2; para el mismo período, el cociente entre el PIB per cápita medio de los países capitalistas avanzados y el de los restantes países se duplicó (2,4 frente a 4,5). Es cierto que al «club de los ricos» se han aproximado o unido algunos países de renta media hacia 1960, pero la dispersión de la renta a escala mundial no se reduce, si se calcula con países, o sólo lo hace modestamente, cuando se opera con población (Pritchett, 1997 y Jones, 1997). La experiencia internacional de las tres últimas décadas está caracterizada por una forma extrema de heterogeneidad: la coexistencia de «milagros» —concentrados en Asia oriental, obtienen tasas de crecimiento del producto por trabajador superiores al 5 por 100— y «desastres» —africanos en su mayoría y con tasas negativas—. Afortunadamente, aunque el dato sea sólo parcialmente satisfactorio, el número de países en los que ha crecido la renta relativa respecto a los países más ricos supera al de los que han seguido la pauta contraria.

No querría dejar de mencionar al menos otros dos factores que pueden haber contribuido a la acogida dispensada a *La riqueza y la pobreza...* El primero es el fracaso de algunos procesos de transición económica en la Europa del este, a pesar de haber contado con asesores de altísima cualificación pero con escasos conocimientos de Historia Económica, y la fragilidad de las «economías emergentes» (asiáticas y latinoamericanas) frente a turbulencias financieras, a la que han contribuido fallos institucionales (corrupción, nepotismo, ausencia de controles, etc.) que habían pasado

inadvertidos a influyentes banqueros, pensadores, publicistas y funcionarios internacionales. Por otro lado, en nuestro globalizado mundo contemporáneo la pobreza, cuyo significado social no es ajeno a la comparación y a la subjetividad, se ha vuelto perceptible, preocupante y extendida como nunca antes. Esto último aunque sólo sea debido a una mayor sensibilidad e información a escala internacional y al crecimiento demográfico de las sociedades pobres resultante de la transferencia parcial de logros de los ricos (mejoras médico-sanitarias).

La riqueza y la pobreza... está, pues, en sintonía con prioritarias preocupaciones actuales de la Economía y con acuciantes problemas de la humanidad en nuestros días. Y ello porque, en palabras del propio Landes, su libro se ocupa de «por qué algunos países son ricos, a veces muy ricos, y por qué otros son incapaces de no rezagarse —y cómo llegamos a donde estamos—». Para ello, el autor escoge el enfoque histórico, tanto por razones de especialización personal como de adecuación al problema de encontrar las claves del logro o la ausencia de la riqueza (p. 18). Quede claro que se trata de riqueza en un sentido estricta y exclusivamente material. Sin embargo, y ésta es una de las ideas centrales de la obra, su respuesta a por qué son algunos países tan ricos enfatiza ciertos componentes inmateriales de la estructura social: «valores relacionados con el trabajo y los logros del esfuerzo, los derechos de la gente a disfrutar de los frutos de su trabajo y las actitudes hacia el futuro y el progreso». Esos valores distarían de ser ubicuos geográfica o históricamente: su victoria sobre los que mantienen las naciones en condiciones de atraso material tendría lugar en la Europa moderna. Por el contrario, en Asia, poderes despóticos con amplia capacidad confiscatoria incentivarían la «ocultación de la riqueza», dificultando la inversión, y desalentarían aumentos de la productividad que sólo, si acaso parcialmente, redundarían en beneficio del individuo o sus descendientes. Así, la principal explicación de la pobreza residiría en «la incapacidad para constituir gobiernos estables que inspiren seguridad a la gente». Para responder a la pregunta sobre las causas de la pobreza en África, Landes recurre nuevamente al argumento de los problemas políticos, aunque cualificado ahora por «el legado del imperialismo europeo». Pero también introduce otro de los aspectos enfatizados en los dos primeros capítulos de *La riqueza y la pobreza...*: el peso de los factores geográficos. El calor y la morbilidad de las zonas tropicales y subtropicales constituirían un serio obstáculo para el desarrollo económico, aunque no específicamente africano ni insuperable. También habría sido más importante en el pasado que en el presente.

La obra de Landes conecta bien con algunas corrientes explicativas del crecimiento económico que vienen ganando audiencia en la literatura teórica y empírica reciente, en particular con los modelos de crecimiento endógeno (Lucas, 1988; Romer, 1986 y 1990; Pack, 1994 y Grossman y Helpman, 1991). Si desde la Teoría nos desplazamos a la Historia, comprobaremos que una formulación intuitiva del crecimiento endógeno ha ocupado frecuentemente un papel importante en la interpretación de la Revolución Industrial. Ello resulta especialmente cierto en el caso de Landes, a quien corresponde uno de los pioneros y más fructíferos intentos de endogeneizar las manifestaciones concretas del cambio técnico (máquinas, fuentes de energía, etc.) y sus agentes (inventores, empresarios innovadores, etc.) en la explicación del crecimiento económico moderno que inauguraría la Revolución Industrial británica. Recuérdese a este respecto que Landes se adelantó en no poco tiempo a las más tempranas formulaciones del crecimiento endógeno por parte de economistas teóricos. El protagonismo de la innovación tecnológica y sus sujetos, así como la atención prestada al marco institucional y al ambiente intelectual en que se insertan, están también presentes en *La riqueza y la pobreza...*

El libro de Landes presenta igualmente conexiones con el trabajo que vienen realizando los economistas que estudian empíricamente el crecimiento económico y que resaltan el papel desempeñado por las instituciones y la geografía. Por ejemplo, Hall y Jones (1996) persiguen explicar las sustanciales diferencias de productividad entre unos y otros países que resultan de sus distintos comportamientos económicos de largo plazo. Sus conclusiones, obtenidas mediante regresiones de sección cruzada para un amplia muestra de países con datos contemporáneos —el método común en este tipo de trabajos— están en consonancia con las que extrae Landes de su discurso histórico: «nuestra respuesta es infraestructura, que consideramos incluye características del gobierno, la cultura y el clima de un país».

Recientemente, algunos estudios empíricos del crecimiento han centrado su atención en el papel de los factores geográficos en el crecimiento económico. Mención especial merecen los trabajos del Harvard Institute for International Development, que utilizan el instrumental econométrico habitual. Gallup (1998) sostiene que variables geográficas, como la temperatura, la humedad, la fertilidad del suelo o la pertenencia a ecozonas tienen todavía hoy una influencia decisiva en los rendimientos agrarios. Éstos, por simples razones naturales, serían más altos en las áreas templadas del globo que en las tórridas. Radelet y Sachs muestran la correlación

contemporánea entre localización geográfica y participación en el comercio mundial de manufacturas, que es mayor en aquellos países con más fácil acceso al comercio marítimo. Otros trabajos han hecho una exploración más general del efecto de factores geográficos (localización, clima, movilidad, productividad agrícola, etc.) sobre el crecimiento y los niveles de renta (Radelet y Sachs, 1998; Gallup, Sachs y Mellige, 1998).

Tal vez con algún efectismo, Einchengreen (1998) titulaba «La geografía como destino» su comentario a *La riqueza y la pobreza...* En cualquier caso, Landes, al igual que Gómez Mendoza (1999), Pujol (1998) y Tortella (1994) han hecho para España, tiene la virtud de recordarnos algo que ha sido frecuentemente descuidado por la Historia Económica como es la influencia de la Naturaleza en las actividades humanas. En especial cuando, como sería el caso para la mayor parte del pasado de nuestra especie y para un número bastante alto de nuestros congéneres todavía en la actualidad, el conocimiento técnico aplicado a la producción en forma de capital físico y humano es escaso. A este respecto, Diamond (1997), un biólogo, hace un tratamiento de la cuestión particularmente ameno y convincente. A su juicio, factores ecológicos y físicos (número de especies susceptibles de domesticación, tamaño geográfico y demográfico, obstáculos a la difusión cultural y las migraciones intracontinentales e intercontinentales) bastarían para explicar por qué occidente se impuso al resto del mundo a partir de 1500. Hasta tal punto que si las respectivas poblaciones de los continentes se intercambiasen aleatoriamente, los resultados históricos serían los mismos, si bien con el protagonista designado por el azar. Ahora bien, en *La riqueza y la pobreza...* la geografía es utilizada antes con fines «estratégicos» dentro del plan de la obra que como una variable plenamente integrada en un esquema explicativo. Espero no malinterpretar al autor si afirmo que la geografía es utilizada por Landes con dos intenciones específicas: 1) deslindar entre «afortunados» y «desafortunados» por la Naturaleza; 2) distinguir entre China y Europa los miembros del primero de esos dos grupos con mayor relevancia a efectos analíticos. Una vez hecho esto en los dos primeros capítulos, es poca la atención prestada a la geografía en los restantes. Sirva un ejemplo. Se me ocurre que los factores geográficos (ubicación, proporción superficie/costa, dotación de recursos naturales, clima, orografía, etc.) podrían tener una capacidad explicativa del comportamiento diferencial de Gran Bretaña respecto a la Europa mediterránea en la Edad Moderna que no ha sido explorada por Landes en la medida que podría esperarse de su planteamiento inicial. Por otra parte, convendría recordar —en particular al medio académico norteamer-

ricano— que no cabe atribuir a Landes gran originalidad en lo tocante a la preocupación por la geografía. Prescindiendo de la historiografía francesa, con representantes tan ilustres y pertinentes como Braudel, para ocuparnos sólo de aportaciones más recientes, parece oportuno traer a colación aquí a Eric Jones (1990). Su aproximación a la geografía como uno de los factores explicativos del «milagro europeo» no sólo es anterior, sino que, en mi opinión, tampoco se ve superada por la que se hace en *La riqueza y la pobreza...*

Donde Landes se distancia de una importante corriente actual de la Historia Económica es en una actitud metodológica que calificaré de «prevención excesiva frente a los números». Y que contrasta con la ardua y problemática, pero no infructuosa, línea de investigación abierta por Bairoch (1976) y potenciada por Maddison (1995), que en España —hasta donde sé— ha seguido Prados de la Escosura (1995 y 1999, y Prados y Sanz, 1998). No creo que sea necesario extenderse aquí en las limitaciones de una interpretación del pasado exclusivamente cuantitativa y basada en pocas o discutibles cifras. Sobran ejemplos. En varios pasajes de la obra el propio autor comenta con acierto los riesgos implícitos a ese proceder y señala la conveniencia de no renunciar a los beneficios de utilizar el buen sentido frente a problemas cuyo tratamiento cuantitativo no supera satisfactoriamente los criterios de rigor exigibles en la investigación histórica. Ahora bien, menos de diez cuadros en un texto de varios centenares de páginas que pretenden dar cuenta de la historia del crecimiento económico me parecen muy pocos. No es sólo una cuestión de número. Por poner sólo un ejemplo sobre cuestiones materiales mensurables: no resulta difícil aceptar que el nivel de vida del campesinado británico fuese más alto —aunque, concédaseme, no sabemos con toda certeza cuánto— que el de sus homólogos hindúes hacia 1800. El buen sentido histórico, al igual que la imperfecta evidencia cuantitativa disponible, así lo aconsejaría (Maddison, 1995; Bairoch, 1993). Lo que no parece tan aceptable es el método: descalificar datos numéricos —no necesariamente indiscutibles— en contrario (ingestión de calorías y cálculos retrospectivos de renta) sin mayor elaboración y acudiendo a generalizaciones un tanto excesivas (p. 160).

El razonamiento deductivo dista de ser ilegítimo. Aunque no por ello incontrovertido cuando se aplica para sostener que Europa occidental, y en particular Gran Bretaña, habría alcanzado una clara ventaja sobre China o India ya antes de la Revolución Industrial. Para dilucidar esa cuestión se requiere especificar con precisión qué se entiende por ventaja y cuáles

son sus implicaciones. Como sugieren no pocos ejemplos históricos, cuanto más nos retrotraigamos en el tiempo, menos significativa es la relación entre superioridad militar o técnico-científica y niveles de vida. Aceptada *grosso modo* una correlación positiva entre unas y otros, la versión fuerte, «a la Landes», de la ventaja —temprana, generalizable a todos los sectores económicos y sociales y abultada— de occidente seguiría, a mi juicio, necesitando cualificaciones adicionales. Dado el estado actual del conocimiento, y pese a la envidiable demostración de saber que realiza Landes, me inclino más bien en favor de una versión débil de la ventaja occidental, más cercana a lo que sostienen, entre otros, Jones (1990) y O'Brien (1999). Ahora bien, la enfática defensa de la versión fuerte en *La riqueza y la pobreza...* no es gratuita, pues encuentro que no sólo constituye una proposición central, sino que es inseparable —también muy reveladora— de su concepción acerca de la esencia y de la historia del crecimiento económico. Volveré en breve sobre este extremo.

La discusión del punto anterior remite directamente a uno de los aspectos más polémicos y definitorios de *La riqueza y la pobreza*. Se trata de una abierta defensa del eurocentrismo (p. 468). Ésta pretende combatir el multiculturalismo que habría venido ganando terreno en la interpretación de la Historia. Las implicaciones de variada índole sobre debates contemporáneos de esta posición no han pasado desapercibidas para buena parte de los numerosos lectores de la obra, pues desbordan ampliamente el estricto marco de la Historia Económica. El arrojito intelectual para, decidida y documentadamente, tomar parte en la polémica en torno a la modernidad es encomiable por muchas razones, entre ellas la de dotar a nuestra disciplina de una altura de miras infrecuente entre quienes la practicamos. Ahora bien, lógicamente, la posición un tanto extrema adoptada por Landes suscita algunas observaciones críticas, a las que no son ajenos ciertos excesos verbales (p. 469).

En primer lugar, me parece percibir en ella cierta militancia para consumo interno del medio académico norteamericano que puede haber contribuido al éxito editorial de la obra. La influencia de las corrientes post-modernistas y multiculturalistas han alcanzado una influencia notoria en algunos departamentos de Historia de las mejores universidades de EEUU. Ésta es mucho menor o, más bien inexistente, entre economistas e historiadores económicos, algunos de los cuales son bastante críticos con ellas. La beligerancia de Landes tal vez resulte un tanto sorprendente para el lector español. Por lo que puedo percibir, no parece que por estos lares la crítica de la modernidad y del eurocentrismo haya llegado tan lejos como

entre los historiadores norteamericanos. Hay que reconocer que para muchos de ellos quedan ya lejos los tiempos en que se dedicaron a la casi siempre saludable crítica del saber establecido. Mucho más inmediata resulta la percepción de las limitaciones de esta nueva ortodoxia en el campo de la Historia que señala Hobsbawm. Ahora bien, tengo la impresión de que, implícitamente, la posición de Landes al respecto desborda la crítica del relativismo epistemológico para extenderse a la ideas políticas —en general más bien de izquierdas— de una corriente intelectual marcada en su origen por Kuhn (1975; Warsh, 1998; Sokal y Bricmont, 1999). Por otra parte, cabe dudar de que la «corrección política» contra la que con frecuencia arremete Landes, por discutible que sea, constituya realmente un obstáculo al pensamiento más extendido o poderoso que el racismo. A este respecto, no estaría de más recordar el éxito editorial alcanzado en EEUU por el intento de explicar las desigualdades socioeconómicas entre blancos y negros como función directa de sus respectivos coeficientes intelectuales llevado a cabo por Herrnstein y Muray (1996). El racismo estaría todavía hoy muy presente en la explicación convencional de las desigualdades entre países y grupos étnicos. En segundo lugar, la defensa racional de los indudables logros de occidente no debería estar tan impregnada de autocomplacencia, ni reñida con un sano espíritu autocrítico. En Landes lo primero resulta particularmente perceptible cuando se trata de las aportaciones anglosajonas, mientras que lo segundo aparece sólo en ocasiones, en particular cuando toca la España de la Edad Moderna.

Y es que, para centrarnos en lo fundamental, un problema de fondo en *La riqueza y la pobreza...* estriba en su concepción del crecimiento económico y del progreso. Ambas me parecen reduccionistas en exceso. Por lo que se refiere a la segunda, Landes podría estar planteando una tautología: progreso sería sólo aquello que protagoniza Europa occidental y, por tanto, a ésta correspondería el protagonismo exclusivo del progreso. ¿No hay nada antes de esos «mil y más años» que pueda legítimamente calificarse de «progreso» y que no sea occidental? ¿Todo lo occidental es progreso? Encuentro más sofisticada y útil para el avance de la historiografía la propuesta elaborada por O'Brien. No es fácil sustraerse a la impresión de que Landes cae en una de las dos posiciones de las que, para O'Brien (1999), deberían apartarse la narrativa de historia global, a saber, «la políticamente correcta pero romántica contemporización con los no privilegiados» y la «denigración implícita de los pueblos y culturas no occidentales, que fluye de la eurocéntrica teoría de la convergencia y la modernización». En cuanto a la concepción del crecimiento económico

subyacente en la obra de Landes, ésta resulta dominada por su restrictiva identificación con la industria fabril y el cambio tecnológico. De ahí el decisivo papel que desempeña una visión «explosiva» de las transformaciones económicas asociadas a la Revolución Industrial en su percepción de la historia del crecimiento económico. Ello le lleva a lo que podría constituir una minusvaloración de formas conspicuas de crecimiento económico anteriores y una sobrevaloración de la discontinuidad histórica representada por nuevas formas productivas que emergen en la Gran Bretaña de la segunda mitad del siglo XVIII. Ciertamente no faltan en *La riqueza y la pobreza...* referencias al crecimiento de tipo smithiano mediante la expansión de actividades asociadas a la especialización y la extensión del mercado. Hay pocas, por el contrario, acerca de las transformaciones en el sector agrario y en el comportamiento demográfico. Pero, en cualquier caso, el mensaje transmitido es impermeable a las diversas matizaciones —cuando no abiertas críticas— a la visión «clásica» del significado y alcance de la Revolución Industrial realizadas por la historiografía en las últimas décadas (Berg, 1987; Crafts, 1985; Crafts y Harley, 1992; Wrigley, 1993 y Jones, 1997).

Estoy convencido, al igual que Landes, de que la cultura cuenta. Y mucho. También pienso, siguiendo a Bowless (1998), que la «ficción de Hobbes», esto es, la exogeneidad de preferencias individuales y colectivas, es el paradigma dominante desde antiguo en la Economía, con su consiguiente simplificación. De ahí que me parezca un acierto no pequeño el intento de introducir elementos culturales (valores, actitudes, instituciones, etc.) en la explicación del crecimiento económico. Hasta aquí nada que oponer a ese objetivo, que, en primer lugar, y en descargo de Landes, se enfrenta a su no poca dificultad intrínseca y, que, afortunadamente, vuelve a preocupar a economistas teóricos y empíricos. Ahora bien, otra cosa es que lo logre satisfactoriamente. Y es que, probablemente, el problema sea uno de los más intratables a los que se enfrentan las ciencias sociales. Por un lado, una alta correlación positiva entre ciertos valores culturales (ética del trabajo y la responsabilidad, actitud favorable hacia la lectura y el pensamiento crítico, repudio del consumo suntuario, valoración del tiempo, preferencia por el ahorro, respeto a la ley, etc.) y resultados económicos personales o sociales dista de ser evidente. Por no complicar más la cuestión, prescindiré de plantearla en el plano individual, en el que parece demostrado que las condiciones de partida imponen serias restricciones al comportamiento, aunque no siempre insuperables. Pero es que, además, los mismos grupos humanos (chinos, judíos, protestantes,

armenios, etc.), dependiendo del momento histórico o de su ámbito geográfico, obtienen resultados diferentes y grupos distintos los obtienen semejantes en ciertas coyunturas (italianos y suecos en la actualidad). Se me ocurre tentativamente que tal vez la dificultad para percibir un nexo claro y unidireccional entre valores y nivel de renta obedezca a varias razones: que la relación esté influida por otras variables (los valores sólo producirían resultados en determinadas condiciones), que la correcta definición y medición de los valores diste de ser fácil (¿qué es una ética del trabajo y cuánto de ella posee una persona o un grupo?), que los valores sean mutables y adaptativos (¿son siempre iguales o cambian y por qué?, que exista causalidad circular (¿qué precede a qué?, ¿no interactúan?) o una relación de tipo no lineal (efectos imperceptibles a un nivel y explosivos a otro). No soy yo quien puede ofrecer respuestas a estas preguntas, pero creo que Landes tampoco lo hace. Y en ausencia de ellas nos vemos abocados a no mucho más que sostener la trivialidad de que, *ceteris paribus*, ciertos valores son más favorables que otros. Así pues, me temo que Landes no acaba de conseguir el ambicioso y difícil objetivo de endogeneizar la cultura en una explicación histórica del crecimiento económico. Aunque sí consigue reforzar la impresión de que ni Marx ni Weber se equivocaban al atribuir gran importancia a esta cuestión.

No querría dejar fuera de estas consideraciones alguna mención al «estilo» de esta obra. Advierto que lo considero más bien en términos de actitud intelectual que de opciones formales. En *La riqueza y la pobreza...* abundan los calificativos y no faltan pasajes de tono impresionista. No me resisto a dejar de mostrar un par de ejemplos de estos últimos. El primero comenta la conquista española de las islas caribeñas:

«No es necesario acumular testimonios que sólo servirían para espantar al lector ante tanta sangre y perversión. Hubo de todo: manifestaciones espontáneas de brutalidad desenfadada, asesinatos aleatorios, despreocupados e inconscientes, competiciones a la hora de imaginar tormentos como diversión, refinamiento en el dolor, explosiones colectivas de locura asesina que no respondían a ninguna provocación: odio por la vida» (p. 79).

No todos son tan sanguinolentos, pero sí hay algunos muy jugosos. El segundo se refiere a la recepción en Francia de la cosmología newtoniana:

«Mientras tanto, los franceses, despacio, fueron estudiando su cosmología y, una vez dominada, se aferraron al sistema cartesiano para refutar las teorías newtonianas del movimiento y la gravedad. Siempre es más fácil rechazar una teoría que incorporarla al acervo científico. Y es que Newton

era inglés, y los franceses no quieren lecciones de nadie (“nous n'avons pas de leçons à recevoir...”), y menos de su enemigo tradicional de Agincourt y Crécy. Un ejemplo escandaloso de este chovinismo intelectual se dio en el decenio de 1980, cuando las autoridades sanitarias francesas siguieron distribuyendo sangre contaminada en lugar de comprar métodos de ensayo y equipo de descontaminación norteamericanos. (Estados Unidos ha sustituido a Inglaterra como *bête noire* de Francia, especialmente porque han recibido su ayuda en dos guerras mundiales.) Las autoridades francesas condenaron así a centenares, tal vez millares, de personas al SIDA y a la muerte» (p. 177).

Me parece que pasajes como los citados son de dudosa utilidad en un ensayo y que sugieren que Landes tal vez también tenga sus «bestias negras» particulares. E igualmente una clara admiración por las soluciones «a la británica»:

«La respuesta [al déficit comercial con China], naturalmente, residió en encontrar algo que interesase a los chinos. Resultó ser el opio, cultivado en Bengala y generador de mercado al tiempo que adictivo. En este caso los ingleses contaron con una gran ventaja con respecto a los holandeses. En principio, los comerciantes de ambas naciones tenían derecho a competir por este producto, pero los ingleses usaron su creciente poder político en la zona para expulsar a los holandeses: fue un golpe de genio» (pp. 151 y 152).

Mi prevención frente al «estilo» de Landes se ve reforzada por argumentos especiosos como el que reproduzco a continuación:

«Los colonos británicos de América del Norte fueron capaces de matar a sangre fría, ¿pero de infringir tormentos y torturar ferozmente? Y si alguien pregunta cómo puede medirse ese tipo de cosas, diré que, en mi opinión, hay una diferencia operativa importante, esto es, que si yo hubiera sido indio, habría preferido morir a manos de británicos que de españoles. Me habrían matado igualmente, pero de esta forma me habría encaminado a mi muerte de una manera rápida y razonablemente entero» (p. 84).

Tópicos y banalidades tampoco faltan, como prueban: 1) el comentario acerca de la protección no arancelaria practicada por Japón tras la Segunda Guerra Mundial: «Todas estas vejaciones revelan mucha astucia y marrullería, causantes de retrasos indefinidos, evasivas y continuos cambios de parecer, todo lo cual se comunica con un rostro impasible» (p. 432), y 2) la búsqueda de explicaciones al éxito contemporáneo japonés:

«No hay que ver en este triunfo el mero producto de la técnica con la que cualquiera puede hacerse o imitarla. Las personas son un factor deter-

minante. A quien haya visitado Japón y padecido su tráfico, una de las mayores molestias, incluso pesadillas, que cabe imaginar de unas aglomeraciones industriales y urbanas superpobladas, la capacidad de explotar un sistema justo a tiempo se le antojará milagrosa. ¿Cómo es posible que se haga entrega de pedidos telefónicos a tiempo? La respuesta es sencilla: durmiendo en el lugar de trabajo. El camionero aparca su vehículo junto a la puerta de la fábrica y se queda ahí toda la noche, acurrucado en la cabina. Por la mañana ya estará donde le corresponde» (p. 443).

Ni están ausentes los pasajes de dudoso gusto y relevancia respecto —¿cómo no?— a la Francia de postguerra:

«Algunos hogares de París carecían de electricidad, y era habitual que se compartieran (sic) el retrete, en el interior, en el caso de los afortunados (ricos), en el patio para los demás. (Prueben a subir cinco o seis pisos cada vez que tienen que ir de vientre. Como dicen los franceses, *Ça fait les jambes*, es bueno para las piernas)... Un departamento entero, la Lozère, una región manifiestamente pobre, tenía tres bañeras en total; es de suponer que una en la prefectura, otra en el «Hôtel Moderne» y quién sabe dónde estaría la tercera» (p. 427).

Igualmente poco afortunada me parece alguna descalificación pura y simple de las ideas contrarias: «Algunos (como A. G. Frank) aducirían que el conocimiento y la pericia de Europa no superaron a los de otras civilizaciones hasta la Revolución industrial, es decir, en torno a 1.800. Como si la hegemonía occidental fuera accidental y la Revolución industrial una suerte de iluminación. Historia de mala calidad.» No hay que esforzarse mucho para imaginar formas más sutiles y persuasivas de convencernos de que Frank está equivocado.

Pese a estas últimas observaciones, considero que la obra de Landes presenta muchos y sustanciales alicientes, que justifican sobradamente recomendar su atenta lectura. Y no sólo a los profesionales de la Historia Económica. Aunque también diría que mi información acerca del crecimiento económico en la historia ha mejorado más que mi comprensión de sus causas últimas y de los medios para lograrlo. Así, tal vez las palabras de Krugman deban ser tenidas en cuenta por los defensores más incondicionales de *La riqueza y la pobreza...*: «Seguramente los lectores de un libro que promete en su título explicar por qué algunas naciones son ricas mientras otras son pobres merecen más que el párrafo final de Landes: “La gran lección que puede sacarse de lo dicho es que es necesario no cejar en el empeño. Los milagros no existen. La perfección es inalcanzable. No hay milenarismos. Ni apocalipsis. Hay que cultivar una fe escéptica,

evitar los dogmas, saber escuchar y mirar, tratar de despejar y fijar los fines para poder escoger mejor los medios.” ¿Para esto necesitamos leer 500 páginas?».

BIBLIOGRAFIA

- BAIROCHI, P. (1976): «Europe's Gross National Product: 1800-1975», *Journal of European Economic History*, 5, 2, pp. 273-340.
- (1993): *Economics and World History. Myths and Paradoxes*, Harvester Wheatsheaf, Nueva York.
- BAUMOL, W. J. (1986): «Productivity Growth, Convergence, and Welfare: What the Long-Run Data Show», *The American Economic Review*, 76, 5, pp. 1072-1085.
- BERG, M. (1987): *La era de las manufacturas, 1700-1820*, Barcelona, Crítica.
- BOWLESS, S. (1998): «Endogenous Preferences: The Cultural Consequences of Markets and other Economic Institutions», *Journal of Economic Literature*, XXXVI, marzo, pp. 75-111.
- CRAFTS, N. F. R. (1985): *British Economic Growth during the Industrial Revolution*, Oxford, Clarendon Press.
- CRAFTS, N. F. R., y HARLEY, K. (1992): «Output Growth and the British Industrial Revolution: A Restatement of Crafts-Harley View», *Economic History Review*, 45, pp. 703-730.
- DIAMOND, J. (1997): *Guns, Germs, and Steel*, Nueva York, W. W. Norton.
- EICHENGREEN, B. (1998): «Geography as Destiny. A Brief History of Economic Growth», *Foreign Affairs*, marzo/abril, pp. 128-133.
- GALLUP, J. L. (1998): «Agricultural Productivity and Geography», <http://www.hiid.edu/pub/other/agprod.pdf>.
- GALLUP, J. L.; SACHS, J., y MELLINGER, A. D. (1998): «Geography and Economic Growth», <http://www.hiid.edu/pub/other/geoecd.pdf>.
- GÓMEZ MENDOZA, A. (1999): «Los obstáculos físicos al desarrollo de la industria española en el siglo XIX», A. GÓMEZ MENDOZA y A. PAREJO (eds.), *De Economía e Historia*, Junta de Andalucía, pp. 71-96.
- GROSSMAN, G., y HELPMAN, E. (1991): *Innovation and Growth in the Global Economy*, Cambridge, Mass., MIT Press.
- HALL, R. E., y JONES, C. I. (1996): «The Productivity of Nations», NBER Working Paper Series, Working Paper 5812.
- HERRSTEIN, R. J., y MURRAY, C. (1996): *The Bell Curve*, The Free Press, Nueva York.
- JONES, C. (1997): «On the Evolution of the World Income Distribution», *Journal of Economic Perspectives*, 11, 3, pp. 19-36.
- JONES, E. L. (1990): *El milagro europeo*, Madrid, Alianza.
- (1997): *Crecimiento recurrente. El cambio económico en la historia mundial*, Madrid, Alianza.
- KUHN, T. S. (1975): *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.

- LANDES, D. (1999): *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Barcelona, Crítica.
- LUCAS, R. E. (1988): «On the Mechanics of Economic Development», *Journal of Monetary Economics*, 22, 1, pp. 3-42.
- MADDISON, A. (1995): *Monitoring the World Economy 1820-1992*, París, OECD.
- O'BRIEN, P. K. (1999): «Reconfiguring Europe in the Long Run Growth of the World Economy: A Metanarrative in Global History», manuscrito, Discurso de aceptación del Doctorado Honoris Causa de la Universidad Carlos III.
- PACK, H. (1994): «Endogenous Growth Theory: Intellectual Appeal and Empirical Shortcomings», *Journal of Economic Perspectives*, 8, 1, pp. 55-72.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (1995): *Spain's Gross Domestic Product, 1850-1993: Quantitative Conjectures*, Working Papers 95-05 y 95-06, Economic Series 01, Universidad Carlos III.
- (1999): «International Comparisons of Real Product, 1820-1990: An Alternative Dataset», *Explorations in Economic History*, 37, 1 (2000) en prensa.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, L., y SANZ, I. (1998): «Historical Comparisons of Income: A Short-cut Approach», C. E. NÚÑEZ (ed.): *Historical benchmark comparisons of output and productivity*, *Proceedings*, Twelfth International Economic History Congress.
- PRITCHETT, L. (1997): «Divergence, Big Time», *Journal of Economic Perspectives*, 11, 3, pp. 3-17.
- PUJOL, J. (1998): «Los límites ecológicos del crecimiento agrario español entre 1850 y 1935: nuevos elementos para un debate», *Revista de Historia Económica*, XVI, 3, pp. 645-675.
- RADELET, S., y SACHS, J. (1998): «Shipping Costs, Manufactured Exports, and Economic Growth», <http://www.hiid.edu/pub/other/geoecd.pdf>.
- ROMER, P. M. (1986): «Increasing Returns and Long-run Growth», *Journal of Political Economy*, 94, 5, pp. 1002-1037.
- (1990): «Endogenous Technological Change», *Journal of Political Economy*, 98, 5, II, pp. S71-S102.
- SOKAL, A., y BRICMONT, J. (1999): *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós.
- TEMPLE, J. (1999): «The New Growth Evidence», *Journal of Economic Literature*, XXXVII, pp. 112-156.
- TORTELLA, G. (1994): «Patterns of economic retardation and recovery in south-western Europe in the nineteenth and twentieth centuries», *Economic History Review*, XLVII, I, pp. 1-21.
- WARSH, D. (1998): «What Drives the Wealth of Nations?», *Harvard Business Review*, julio-agosto, pp. 171-175.
- WRIGLEY, E. A. (1993): *Cambio, continuidad y azar*, Barcelona, Crítica.